



Seix Barral

Eduardo Mendoza

Teatro reunido

Prólogo de Eduardo Mendoza





Seix Barral Biblioteca Breve

Eduardo Mendoza

Teatro reunido

Prólogo de Eduardo Mendoza

© Eduardo Mendoza, 1990, 1991, 2017
© por la traducción: Eduardo Mendoza, 1991, 2017
© por el prólogo: Eduardo Mendoza, 2017
© por el prólogo a *Restauración*: Pere Gimferrer, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 1990, 1991, 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: mayo de 2017
ISBN: 978-84-322-3249-7
Depósito legal: B. 7.464-2017
Composición: Gama, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Seix Barral publicó *Restauració*, en catalán, en noviembre de 1990 y su traducción al castellano, *Restauración*, en marzo de 1991. Tanto *Gloria* como *Grandes preguntas* permanecían inéditas hasta la fecha.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sala de una casa de campo. A la izquierda, una puerta que da al campo. A la derecha, otra puerta que comunica con el interior de la casa. En el centro, una ventana. Poco mobiliario. Una vieja chaise longue: el barniz dorado de la madera ha saltado; la seda, apolillada, ha perdido el color. Una mesa con restos de comida: la sobria cena de una persona sola. Un mueble con cajones y un espejo. Bastantes libros.

(Noche de tormenta. MALLENCA sola, sentada en la chaise longue, escucha el repicar de la lluvia en el tejado, suspira.)

MALLENCA

No soy una mujer miedosa. Nada me asusta
salvo las cosas verdaderamente horribles.
Vivo sola y una mujer que vive sola
no puede ser miedosa. Ni tiene por qué serlo.
Una mujer sola, en principio, nunca corre peligro
si conserva la calma. Y yo jamás la pierdo.

Si a medianoche oigo algún ruido,
como esta noche, no me asusto.
No creo en los fantasmas. Los ruidos y los pasos
y los gemidos que oigo a veces, como hoy,
como esta noche,
los hacen la madera, o el viento,

o la carcoma, o los ratones.

Los fantasmas no existen. Las ánimas benditas, sí,
pero no hacen ningún daño. Son buenas.

Los lobos no me asustan, aunque en las noches de invierno
los oigo merodear la casa. Yo, como si nada. Sé
que se irán cuando se cansen de aullar
y de arañar las puertas con las garras.

La guerra tampoco me da miedo. Ya estoy acostumbrada.
De cuando en cuando pasan soldados; van al frente
arrastrando cañones y empujando las mulas de carga.
Si me ven, se paran y me gritan: ¡Adiós, guapa!
o algo así. Yo les contesto siempre
agitando el pañuelo; carlistas o liberales, me da igual,
pero sin acercarme, que no estaría bien visto.
Más tarde vuelven a pasar; regresan
arrastrando los pies. Han dejado en el frente los cañones
y ahora las mulas van cargando a los heridos.
La sangre gotea en la hierba
como si a su paso brotaran amapolas.

Lo que no entiendo no me inquieta.
Los que vivimos en contacto con la Naturaleza
sabemos que no hay nada imposible, si Dios quiere.
He visto en plena noche el cielo blanco
como la leche, y negro al mediodía;
o la Luna, partida en dos mitades,
y cuatro soles en el firmamento:
uno grande y tres más pequeñitos. Sin duda
un fenómeno de reflexión de la luz
en la atmósfera.

He leído que en el siglo quince, en Francia,
vieron en el cielo a Jesucristo

crucificado entre los dos ladrones.
Y más tarde en Bohemia o en Baviera,
dos lugares que confundo siempre,
ocurrió una cosa similar:
unos nubarrones hicieron pantomimas
siniestras: fue visto un hombre feo
que amenazaba con una espada a una doncella,
la cual, llorando, le imploraba
que tuviera misericordia de su vida.
Hechos extraños, pero comprensibles
por el avance de las ciencias naturales.

(Pausa.)

Y aun así... Y aun así...,
no sé por qué esta noche
siento un temor como hace años no sentía.

(Suenan unos golpes en la puerta. MALLENCA abre un cajón del aparador, saca una pistola. La puerta se abre lentamente y entra RAMÓN con levita y chalina.)

MALLENCA

¡No te muevas o eres hombre muerto!

RAMÓN

¡Por piedad, no dispare! Soy hombre de paz.
Me llamo Ramón, por san Ramón Nonato, un santo
muy catalán, que celebra su fiesta
el treinta y uno de agosto. Sólo esto
ya debería inspirarle confianza.

MALLENCA

¿Qué quieres?

RAMÓN

Nada... yo...
me he perdido..., en el bosque..., la tormenta.
De pronto he visto luz...
(*Señalando la puerta.*) Mire cómo llueve.

MALLENCA

Ya lo veo.

RAMÓN

Es de cristianos dar asilo.

MALLENCA

Cierra la puerta.

(*RAMÓN cierra la puerta. MALLENCA le sigue apuntando con la pistola.*)

RAMÓN

La pistola...

MALLENCA (*Bajando la pistola.*)

No tengas miedo.
No te mataré si no haces tonterías.

RAMÓN

Gracias.

MALLENCA

De nada. (*Pausa.*) ¿De dónde vienes?

RAMÓN

Ya se lo he dicho: del bosque.

MALLENCA

Y en el bosque, ¿qué hacías? ¿Buscar setas
en una noche así?

RAMÓN

Me he perdido.

MALLENCA

Nadie

se pierde en el bosque si no se mete en él.
Di la verdad.

RAMÓN

Me persiguen.

Soy un fugitivo..., pero no de la justicia.

No soy un delincuente. Soy...

(Vacila, se tambalea, parece que va a desmayarse.)

MALLENCA

¿Qué te pasa? ¿Estás herido?

RAMÓN *(Recobrando el equili-
brio.)*

No, no.

Sólo agotado. ¿Puedo sentarme?

MALLENCA

Donde quieras, menos en la *chaise longue*.

(RAMÓN se sienta a la mesa.)

Si tienes hambre, puedes acabarte lo del plato.

Después tendrás que irte. ¿Quién te busca?

RAMÓN

Los soldados.

MALLENCA

Mal asunto. ¿Eres un espía?

RAMÓN

Un desertor.

MALLENCA

Peor aún.

¿Cómo te has metido en este lío?

RAMÓN

Ni yo mismo lo sé.

(Pausa.)

Tengo veinte años y hasta hace poco vivía en Barcelona, donde nació. Soy hijo de viuda, y por eso me pusieron a trabajar de muy pequeño. Yo no quería trabajar, no para holgazanear, sino porque quería ser poeta..., aventurero... Por fin, hace unos días, harto de todo, hui de casa, abandoné el trabajo y la familia y me alisté en el ejército. Pero me temo que los nervios de la mala acción me hicieron confundir las oficinas de reclutamiento. Yo quería luchar por la causa liberal y cuando me quise dar [cuenta, era carlista. «¡Qué más da!», me dije, «nunca le faltan aventuras al hombre audaz que sabe ir a buscarlas». Me enviaron, con otros voluntarios, cerca de aquí,

al campamento del general Llorens, famoso
por su crueldad, por la ferocidad
innecesaria de sus actos. Al llegar al campamento
nos trataron como a perros.
Los veteranos, después de tantos años de guerra
se habían vuelto peores que las fieras.
Tuve miedo; no de la guerra ni del enemigo,
sino de mis propios camaradas.
Antes de vestir el uniforme que me dieron,
sucio de sangre y desgarrado
por los tiros y las cuchilladas recibidas
por sus usuarios anteriores, me escapé.
Ahora soy un desertor. Si me atrapan
sería fusilado sumariamente. Ésta es mi situación.
Si quiere ayudarme,
le estaré eternamente agradecido; si no,
le ruego que me mate usted misma,
porque si he de morir,
prefiero que la muerte me llegue de sus manos.

MALLENCA

Eres demasiado elocuente para que te crea.
¿Tienes más hambre?

RAMÓN

No, gracias.

(Silencio.)

Tiene una casa muy bonita.

MALLENCA

Sí, hace unos años fue bonita.
Pero ahora, ya ves, necesita

reparaciones, pintura, en fin,
una restauración de arriba abajo.
Pero me da pereza empezar...
Me he acostumbrado a vivir sola,
a la tranquilidad...

RAMÓN

¿Sola?

¿Una mujer..., en pleno bosque y sola?

MALLENCA (*Tajante.*)

No sé qué ves de extraordinario en eso.
Si quisiera, viviría en el centro de la ciudad;
pero no quiero por muchísimas razones,
la principal de las cuales es que me molesta
que todo el mundo se meta en mis asuntos.
Hablemos de ti, ¿qué planes tienes,
ahora que eres un desertor?

RAMÓN

Aún no lo sé. Como proscrito
no tengo experiencia. Podría irme a Francia,
o a Cuba. Es fácil hacerse rico en Cuba.

MALLENCA

¿Y es eso lo que quieres? ¿Ser rico?

RAMÓN

Quiero una vida excitante y la de los pobres no lo es.
Lo sé por experiencia, aunque soy joven.

MALLENCA

No te falta razón. Dime, ¿qué hacías antes?
Quiero decir, cuál era ese trabajo

que tanto aborrecías y que ha sido la causa
de tantas desventuras.

RAMÓN
No lo quiero decir.

Me da vergüenza.

MALLENCA
Vaya, no te da vergüenza
ser un desertor, confesar
que has traicionado tus banderas,
y, en cambio, te avergüenza haber desempeñado
un trabajo honrado con el que mantenías
a una madre viuda.
¡Así es la juventud de hoy día!

RAMÓN
No se enfade, a usted
no le puedo negar nada:
hasta hace poco trabajaba... de dependiente...

MALLENCA
¿De dependiente? ¿Eso es todo?
¿Y qué vendías?
¿O también te da vergüenza confesarlo? No serían
cosas indignas o groseras, como lavativas o ataúdes
de segunda mano.

RAMÓN
Oh, no. Vendía... ropa blanca.

MALLENCA
¿Ropa blanca? ¿Quieres decir
ropa interior?

RAMÓN

Sí...

MALLENCA

¿De mujer?

RAMÓN (*Avergonzado.*)

Sí,
y también guantes... y sombrillas...

MALLENCA

¡Haberlo dicho antes!
¿Y dónde estaba este lugar maravilloso?

RAMÓN

En las Ramblas. En el Llano
de la Boquería.

MALLENCA

No sigas, ya la veo.
Puerta brillante de caoba
y cristal emplomado, y colgada
del dintel una campana
que tintineaba. Y dentro,
media docena de lámparas de gas
y un mostrador reluciente sobre el cual
a lo largo del día se iban amontonando las blondas,
los encajes, las piezas de seda y organdí.
¿No es así? ¿No es tal como la pinto?

RAMÓN (*Secamente.*)

No lo sé.

MALLENCA

¿Qué significa «no lo sé»?

RAMÓN

Significa que he olvidado
las puntillas y las blondas. Son cosas del pasado,
que ya no me interesan; son cosas de mujeres.

MALLENCA

¿Y no te has dado cuenta de que yo soy
una mujer?

(RAMÓN la mira fijamente. MALLENCA sonríe para romper el hechizo momentáneo.)

Hablemos de la tienda;
ahora estoy viendo un coche;
se detiene en la puerta;
una mujer se apea. «No te vayas»,
dice al cochero, «en realidad
no quiero comprar nada,
sólo ver qué tienen,
revolver el género un ratito,
un par de horas a lo sumo».
Acto seguido
entra en la tienda;
acude el dependiente, solícito;
de pronto, a pesar del velo tupido que la cubre,
la reconoce y se aturde.
Sin perder un instante,
avisa al dueño.
«De prisa, ella está aquí», le dice.
Sale el dueño, doblando la cintura mientras camina
de puntillas. Besamanos. «¡Señora, si tan sólo

hubiera sospechado
que pensaba venir...! ¡Cuánto honor!
Por favor, tome asiento, ¡de prisa,
traedle un cojín a la señora!
Una visita de lo más oportuna, créame.
Precisamente hoy he recibido
unos modelos de París cosidos
por los mismísimos ángeles,
pero creados para que los aprecien los demonios, ji, ji.»
¡Bah!, ¡bah!, ¡qué disparates!
Él no osaría hablar así,
tratar a una señora
con familiaridad,
con picardía...
Me parece que esta vez
se me ha visto el plumero.

RAMÓN

¡Por el amor de Dios, no me haga sufrir más!
¡No acabo de decir que soy poeta
y que el mundo de la tienda me asfixiaba?
Ahora soy libre, ¡han puesto precio a mi cabeza!

MALENCA

¿Y a mí qué más me da
el precio que hayan puesto a tu cabeza?
Yo quiero saber lo que se llevará esta temporada,
cómo van vestidas las señoras por las Ramblas
y si ha cambiado mucho la moda desde que yo me fui.

RAMÓN

¡Basta, por favor! No quiero seguir hablando
de estas frivolidades.

MALLENCA

¡Pues yo sí!

Y nunca es frívolo lo que dice una mujer
a un desconocido, a medianoche, y con una pistola
cargada en las manos. Yo pensaba
que los poetas erais más delicados.

RAMÓN

No la quería ofender.

MALLENCA

Pues me has ofendido.

Soy una mujer sola, tú, un desertor.
Nadie me habría culpado
si te hubiera volado la tapa de los sesos
cuando cruzaste la puerta. No lo he hecho.
Si los que ahora te buscan te encontraran
aquí, bajo mi techo, podrían condenarme
por encubrirte. Y a cambio de esto,
cuando te pregunto qué se llevará esta temporada,
sólo sabes contestar altivamente
que este asunto es poco para ti y que un poeta
no puede rebajarse a complacer a una infeliz
que vive abandonada a sus recuerdos,
sin otra compañía que el canto de los grillos
y que de vez en cuando necesita unas gotas de frivolidad
para no morir de tristeza y de desesperanza.

RAMÓN

Perdón una vez más.

MALLENCA

Ya estás perdonado. ¡Eres tan joven!

RAMÓN

Usted también es muy joven y... muy bella...

MALLENCA

No me quieras adular.

Para ti yo no soy joven. Para otros,
quizá sí. Todo es muy relativo.

Pero no es eso: la juventud
es un estado de ánimo,

que no tiene que ver
con la relatividad. Mi primer galán
—jamás podré olvidarlo—

tenía los ojos azules, la nariz,
granate y el cabello,
completamente blanco.

Vino a verme a mi *boudoir*, de frac y precedido
por seis docenas de rosas y un collar
de perlas, ni demasiado grandes
ni demasiado finas, pero un detalle
muy de agradecer considerando
que yo sólo tenía diecisiete años.

Antes de que empezara... la diversión,
él se murió de una apoplejía

en la *chaise longue*. ¡Qué compromiso!

Para evitar el escándalo llamé a un *fiacre*
y le dije al cochero que el señor

se encontraba indispuerto. Él lo creyó,
porque los pobres nunca saben si los ricos
están vivos o muertos, de modo

que subimos al *fiacre*, los dos bien abrazados
para guardar las apariencias o, al menos,
para guardar el equilibrio.

Él vivía, o, mejor dicho,

había vivido en la parte alta de Barcelona;
yo, en la baja.

Cruzamos la ciudad de extremo a extremo.

Él, sentadito a mi lado, frío, viejo y muerto,
sin ningún interés. Y yo pensando:

«Ésta no es manera de divertirse una chica
de diecisiete años..., pero ¡qué más da!

¡Pronto empezará la temporada del Liceo!».

(Pausa.)

¿Lo ves? Esto es ser joven.

RAMÓN

¿Así que era cantante?

MALLENCA

¿Yo? ¡No!

¿Lo dices porque he hablado del Liceo?

RAMÓN

Sí, y también por su estilo,
hecho para las tablas. Es decir,
para el aplauso y para el escenario.

MALLENCA

No; nunca tuve disposición
para el canto ni para el arte escénico,
aunque me habría gustado tenerlo.

Ha de ser muy bonito cantar, o bailar bien
o decir bien el verso. Pero da igual.

Mejor no encasillarme.

Digamos que mi nombre aparecía en los carteles
—no el nombre verdadero, claro está,
sino el artístico,

el *nom de guerre*, que dicen los franceses—
y que era conocida en todas partes.
Pero tú eres muy joven
y no te puedes acordar.

RAMÓN

No vuelva a decir esto.
Yo estoy seguro de haberla visto
por la calle, rodeada de admiradores,
y también entrando y saliendo del Liceo.

MALLENCA

¿Y en el palco, con el vestido de noche,
las plumas y las joyas?
¿Y en los bailes de máscaras?
¿Y el domingo en los toros?

RAMÓN

No.

Yo nunca frecuentaba esos lugares.

MALLENCA

¿Ah, no? ¿Por qué? ¿Te lo habían prohibido?

RAMÓN

Indirectamente, sí; había que pagar entrada.

MALLENCA

¿De veras? ¡Es curioso!
¡Y yo sin enterarme! Ya ves, para mí
todo era gratis: el palco,
las alhajas, los vestidos,
los coches de caballos y las flores
que todas las tardes inundaban mi *boudoir*,

allí donde murió mi pretendiente:
¡aquella cacatúa!

(Empieza a bailar alrededor de RAMÓN, que la mira embobado. De repente se detiene sin aliento y se apoya en él.)

¿Ves?

Casi me ahogo... ¡por tu culpa!
Hace unos años podía bailar toda la noche.
Hoy, ya ves, he perdido el hábito y la gracia. *(Pausa.)*
Seamos formales. Si ahora nos viese alguien;
yo en camisa... Claro que tú
habrás visto muchas mujeres en camisa.

RAMÓN

¿Quién? ¿Yo?

MALLENCA

En la tienda...

RAMÓN

Ah, no; pobre de mí, jamás salí del almacén.
Allí pasaba el día haciendo y deshaciendo paquetes
y soñando.

MALLENCA

¿Soñando? ¿Y qué soñabas?

RAMÓN

Gestas de guerra.

MALLENCA

¿De guerra? Tú me tomas el pelo
o estás más chiflado de lo que pareces.

RAMÓN

Bueno..., también me rondaban la cabeza
otras cosas... En una jornada laboral
hay tiempo para muchas fantasías.

MALLENCA

Cuéntame una.

RAMÓN

¡Un caballo!

MALLENCA

Sí que empezamos bien...

RAMÓN

Una chica.

MALLENCA

Después del caballo.
Me gusta tu jerarquía de valores.
Y esta chica, ¿cómo era?

RAMÓN

¿La chica de mis sueños? Una insignificancia.

MALLENCA

¿Por qué? ¿Por qué no una princesa
de belleza sin par que se cruza por azar en tu camino,
en la algarazara de una *soirée* danzante?
Ella es coqueta; su risa es un collar de cascabeles
y en sus ojos aletean mariposas. De pronto,
al bajar la escalera que conduce al salón,
su mirada tropieza con un desconocido:
un joven como tú, vestido...

RAMÓN

¡De húsar de la muerte!

MALLENCA

No sé si llegaremos lejos.

Continúa.

MALLENCA

Lo que viene ahora
es bien vulgar: miradas que se cruzan,
la polka, o quizá el rigodón; en la terraza,
entre el aroma embriagador de las rosas,
las palabras ardientes, los suspiros,
las promesas y al fin...

RAMÓN

¡Basta!

MALLENCA

¿Por qué? No es más que un sueño.

RAMÓN

Un sueño doloroso.

MALLENCA

Siempre son dolorosos
los sueños... y los deseos.
Hablemos de otra cosa.

RAMÓN (*Bajando los ojos con timidez.*)

¿Cómo te llamas?

MALLENCA

¿Quién?, ¿yo?

RAMÓN

Por favor.

MALLENCA

En Barcelona

me llamaban Mallenca. Por supuesto,
no es éste mi verdadero nombre.
Pero tampoco yo soy la verdadera,
si sabes a lo que me refiero.

(Ríe.)

Digamos que hace un tiempo,
en un país lejano,
vivió una princesa que se llamaba así,
pero que ya murió.

RAMÓN

Hablas con amargura.
¿Quién eres? ¿Qué secreto ocultas?
¿Por qué vives aquí, sola,
lejos de todos? ¿Y por qué desconías
de tus sentimientos?

MALLENCA

Mira cómo llueve. La lluvia es como la tristeza:
cuando empieza parece que no ha de acabar nunca.
Él era muy joven, como tú, y también poeta...
o así lo creía él... o lo creía yo, da lo mismo.
Yo también era joven y pensaba
que todo había de ser siempre igual, que nada cambia

si uno no quiere. En Barcelona
nuestro amor era imposible; allí yo era una reina
y él un don nadie, un pobre artista medio tísico y famélico.
Decidimos huir, dejar atrás el pasado y empezar de nuevo.
Vendí las joyas y los objetos de valor
que me habían dado mis admiradores. Algunos
de aquellos tesoros pertenecían a familias rancias,
y habían sido sustraídos del patrimonio familiar
por señoritos calaveras y dilapidadores.
La venta provocó dramas y escándalos
en una sociedad pequeña en la que todo acaba por saberse.
Vinimos aquí, para estar solos con la Naturaleza.
Yo pensaba que el aire de montaña
le sentaría bien. ¡Santa inocencia! Parecía
que a la menor brisa iba a quebrarse
como una flor de té,
pero tenía una salud de hierro.
La felicidad duró unos meses. Después
él se fue, diciendo que se ahogaba. Quizá sí.
Nunca sabemos cuánto pesa lo que exigimos a los otros,
ni lo que les damos. O tal vez él lo sabía, no sé.
¡Los hombres y las mujeres somos tan distintos!
Los hombres sois como el trueno y el rayo.
Las mujeres, como la lluvia. Lo que la lluvia hace crecer,
el rayo lo destruye sin razón. Pero es más divertido.
Odio la lluvia. Cuando se fue no dijo adiós,
pero era evidente que no pensaba volver y para demostrarlo
se llevó todo el dinero que quedaba...
No me enfadé. Vivir aquí cuesta muy poco
y si hubiera querido volver a Barcelona
me habría rehecho en pocos días.
Habría sido coser y cantar. Pero no volví.
Al principio, porque estaba afectada, no lo niego.

Me dije: esperaré unos días, quizá unos meses;
después volveré a casa. Cuando me quise dar cuenta,
los meses ya eran años. Primero olvidé al hombre
que me había traicionado; después olvidé incluso
la traición. Pero no volví. No me arrepiento
ni me quejo. Aquí estoy bien;
no me falta de nada y vivo
en la tranquilidad más absoluta.
En lugar de joyas tengo las flores del campo
y las estrellas del cielo en una noche clara;
y en lugar de banqueros y marqueses,
tengo árboles que valen más que reyes:
el tilo, el roble, la morera,
el eucaliptus azul y aquel que llaman
«orgullo de la India».

(Pausa.)

Pero esta noche, quizá por culpa de la lluvia
que repicaba en el tejado,
he tenido un sueño inquietante:
he soñado que él volvía,
después de tantos años. Y he comprendido
que no era tanto un sueño como un presentimiento.
Entonces has entrado tú y he tenido miedo.
He cogido la pistola,
no para defenderme de un posible atacante,
sino..., no sé..., no sé lo que habría hecho...

RAMÓN

Ya veo que me he librado por los pelos.

MALLENCA

Así es.

RAMÓN

¿Todavía le quieres?

MALLENCA

No,

yo no quiero a nadie.

RAMÓN

Entonces,

¿por qué no vuelves a Barcelona?

MALLENCA

Porque ya es tarde; ya no soy joven
y la guerra lo ha cambiado todo.

RAMÓN

Hay cosas que no cambian nunca, Mallenca.

MALLENCA

Dices esto porque eres muy joven.

RAMÓN

Mallenca..., yo...

MALLENCA

Calla.

No digas cosas que dentro de una hora
tú te arrepentirías de haber dicho
y yo de haber oído con agrado.
Ya sé lo que te pasa, y lo entiendo.
Es natural... También yo... al verte entrar
he sentido que se me aceleraba el pulso.
Pero esto no es lo que tú crees;

no es sentimiento, sino desasosiego.
Ya ves que soy sincera.
Es cierto que tu presencia aquí
me ha trastornado.
No sé si habrá sido
la soledad o la tormenta.
Dicen que la electricidad
que acumula la atmósfera
puede influir en el sistema nervioso,
obnubilar la mente
y espolear las apetencias desordenadas del cuerpo.
No seré yo quien te reproche
semejante confusión. Quien más, quien menos,
todos hemos caído en esta trampa. Y la vida
nos ha cobrado luego la equivocación con creces.

(Pausa.)

Parece que remite la tormenta;
es mejor que te vayas.

(RAMÓN va hacia la puerta. MALLECA no se vuelve a mirarlo. Antes de abrir la puerta, RAMÓN se da la vuelta.)

RAMÓN

Mallenca.

MALLECA

¿Aún estás aquí?

RAMÓN

No te puedo dejar sola.

MALLENCA (*Señalando la pistola.*)

Sé defenderme.

RAMÓN

Yo me refería a otra cosa.

Tu soledad...

MALLENCA

Yo la he elegido.

RAMÓN

No tú, sino el miedo y los sueños.

Mallencia, no hagas caso de presagios:
son trampas del espíritu, trastornos del alma, tentaciones
del diablo; sería pecado dejar que nos llevaran
a perder la fe, la esperanza,
el gozo, el amor, en fin, todo aquello
que nos hace vivir y que nos da sentido.
Haces bien en pensar
que todo ha sido efecto de la lluvia
o incluso de la presión atmosférica.

MALLENCA

Calla. ¿Qué sabrás tú
de la presión atmosférica? ¡Tengo miedo!
Tengo miedo de abrir la puerta, de asomarme
a la ventana y de ver entre la lluvia...
no sé..., su cara..., su figura...

RAMÓN

Mallencia, esto son fantasías enfermizas.

(*Mira por la ventana.*)

¿Lo ves? Aquí no hay nadie. Ven. No tengas miedo.
Hay que tener valor.

(MALLENCA *va a su lado con renuencia.*)

Muy bien. Ahora, la puerta.

Ábrela.

MALLENCA

No.

RAMÓN

Pues lo haré yo
para que veas que aquí no hay nadie.

(*Abre la puerta. Fuera está BERNAT vestido de peregrino.*)

MALLENCA

¡Aaaaaaaaah!

(*Cae desmayada.*)